



Las VOCES del MUSEO

Del griego, *museíon* (μουσεῖον, “lugar consagrado a las musas”), el “museo” era un lugar privilegiado por la presencia de las cantoras divinas, también guardianas del pensamiento, según la mitología grecolatina. Hoy en día, el museo conserva, estudia y difunde colecciones a las que, sean de arte, científicas, históricas, etc., siempre se les atribuye un valor cultural.

Por Pere Parramon

Profesor, crítico de arte y escritor,
expresidente de los Amics del Museu d'Art
de Girona

Así, si por “cultura” entendemos un conjunto de significados compartidos, como hace Stuart Hall en *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices* (1997), no es extraño que el cometido del museo sea facilitar una cierta experiencia común, lo que nos devuelve a las musas, ya que, en su origen, también fueron diosas de la memoria. Y no solo porque hay otro aspecto de estas potencias del Parnaso que es de suma importancia en cuanto a su tutela sobre el museo. Cuenta Hesíodo que eran ellas las encargadas de infundir elocuencia en los gobernantes, amén de corrección en la forma

y en el contenido de sus decisiones. Es decir, se relacionaban tanto con la memoria como con el gobierno. Lejos de la imagen romántica decimonónica de la deidad inspiradora acercándose al artista en un acto de sublime intimidad, las musas tenían que ver con la comunidad en su conjunto, ya que, sin memoria ni consenso no hay comunidad. De ahí la tremenda dimensión política del museo —el término “política” deriva de *pólis* (πόλις), la ciudad griega, donde se dan los acuerdos que los individuos asumen para vivir en comunidad—. «Háblame, Musa», así iniciaba Homero *La Odisea* (h. el siglo IX a. C.), con una invocación y reconociendo la sacralidad de un acto vinculado a la construcción de la comunidad: reunirse para contar historias. Durante la dinastía ptolemaica egipcia, en Alejandría se levantó un edificio donde acumular el saber material —biblioteca— e inmaterial —espacio de tertulia—. Lo llamaron “museo” y, allí, bajo la égida olímpica de las musas, se dieron cita la memoria, el gobierno y las palabras compartidas. Entre sus muros flotaban esas historias que, contándolas y escuchándolas, nos configuran como familia, clan, pueblo, sociedad, civilización y, en definitiva, como cultura.

Tarde o temprano, toda cultura establece un canon, una idea de lo que considera ejemplar y referencial. Por su parte, el museo, mediante sus fondos y actividades, elabora un discurso que desarrolla el canon cultural de la comunidad. En unas ocasiones, tal canon genera adhesiones entre aquellos que se sienten partícipes de la concepción del mundo que pone en juego. En otras, impele a una reverencia apollinada que, tirando de ironía, relacionamos con esa especie de “estupor y temblores” con que Amélie Nothomb titula su novela *Stupeur et tremblements* (1999). Sin embargo, hoy el canon ya no es la imposición de unos pocos sobre muchos, sino el consenso de muchos para todos. Por eso no cabe entrar al museo con sumisión, sino con respeto para entablar un diálogo que devenga, nuevamente, en identificación. Basta con seguir la propuesta de Arthur Schoppenhauer: «Tienes que acercarte al cuadro como te aproximas a un soberano [...]; no debes ser el primero en hablar, ya que te expones a no oír más que tu propia voz». Agudo retratista de la relación entre museos y visitantes, decía Elliot Erwit: «Las personas parecen sentirse atraídas por los artículos en los museos con los que tienen una afinidad especial.

En la página anterior,
Pol Gorezje,
Siempre,
Libertad
(2015);
© cortesía del
artista.

A la derecha,
Carla Montoto,
Art Is Long and
Life Is Short
(de la serie
I am / I do,
2016);
© cortesía de
la artista.



Eugènia Cros, s/t
(exposición de Joana
Biarriés en la Casa
de Cultura de Girona,
enero de 2019);
© cortesía de la
artista.



Tal vez nos atraen las cosas que se parecen a nosotros mismos». Se dan identificaciones porque los discursos suelen coincidir con identidades nacionales, de género, edad, extracción social, intereses, etc. Hace unos años, los museos insistían en que no podían ser meros contenedores, sino lugares en los que ocurrieran cosas, y ahora es el turno de los museos entendidos como sedes de comunidades. Manda la era de Internet, en la que las afinidades marcan, sí; pero es un impulso, el de los *likes* y los *hashtags*, nada extraño entre seres gregarios. Las asociaciones de Amigos que quieran acompañar a los museos en este reto —nuevo y antiguo— habrán de orientar sus esfuerzos hacia los mismos colectivos que los propios discursos museísticos lanzan en clave identitaria —a no ser que la asociación desee llegar a otros grupos y que no sean excluyentes entre ellos—. En los templos de las musas se recuerda, se explica, se construye y se acoge..., todo para reivindicar que solo somos realmente grandes cuando estamos juntos, cuidando los unos de los otros. De ahí su utilidad, en el sentido que reivindica Nuccio Ordine en *L'utilità dell'inutile* (2013): «Considero útil todo aquello que nos ayuda a hacernos

Las asociaciones de Amigos que quieran acompañar a los museos en este reto —nuevo y antiguo— habrán de orientar sus esfuerzos hacia los mismos colectivos que los propios discursos museísticos lanzan en clave identitaria —a no ser que la asociación desee llegar a otros grupos y que no sean excluyentes entre ellos—

mejores». Una utilidad, la del museo, que debemos defender como comunidad —la que sea, las que sean—, y como asociaciones de Amigos de los museos. Por eso, alentados por las voces poderosas de las musas, entonamos la arenga de Etienne Souriau en *La couronne d'herbes* (1975): «¡Poetas, a vuestros puestos!».